

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

Nació en la villa de Arona, ribera del Lago Mayor, Italia. el 2 de febrero de los años 1455 a 1459. Va a Roma a los 18 años y a España en 1488. Murió en Granada, en octubre de 1526.

Escribió las *Décadas del Nuevo Mundo*, o *Décadas de Orbe Novo*.

Humanista fino y elegante, de grácil y breve frase. Humanista, como escribe Salas, por la gracia y el equilibrio que logra, por la brevedad y rapidez con que dice y describe, por la evasión del juicio ético tan frecuente y agobiante en los historiadores españoles.

Acerca de Pedro Mártir ver: Marcel Bataillon, "Historiografía oficial de Colón, de Pedro Mártir a Oviedo y Gómara", en *Imago Mundi, Revista de historia de la cultura*, Buenos Aires, 1954, No. 5, septiembre 1954, p. 23-29; Marcelino Menéndez Pelayo, *Los historiadores de Colón*, en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, Obras Completas*, Madrid, 1942, vol. VIII-69-122; Carlos I. Salas, "Pedro Mártir de Anglería. Estudio biográfico-bibliográfico" en *Anales de la Facultad de Derecho*, Córdoba, Arg. 1917. T. III, p. 21, 106 y el más reciente estudio de Alberto Mario Salas, *Tres Cronistas de Indias, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 320 p. Una buena edición, versión de Joaquín Torres Asensio, es la de Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944, LII-675 p., que lleva la *Bibliografía de Pedro Mártir* preparada por Joseph H. Sinclair, en p. XIII-LII. Agustín Millares Carlo, quien publicó un extracto de las *Décadas del Nuevo Mundo por Pedro Mártir de Anglería*, traducción del latín y noticia bibliográfica por... México, Secretaría de Educación Pública, 1945, VII-95 p., (Biblioteca Enciclopédica Popular 51), preparó una edición crítica bajo el rubro: *Décadas del Nuevo Mundo por Pedro Mártir de Anglería, Primer Cronista de Indias*. Estudios y Apéndices por Edmundo O'Gorman, el estudio se intitula: *Pedro Mártir y el proceso de América*, 2 v. México, José Porrúa e Hijos Sucesores, 1964-65. El apéndice tercero lo constituye la bibliografía de Sinclair.

Fuente: Pedro Mártir de Anglería. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944. LII-675 p., p. 335-36, 462-65 y 467-59.

CODICES, MAPAS Y VESTIDOS MEXICANOS

Llevamos dicho que esta gente posee libros, y trajeron muchos, junto con los demás dones, estos nuevos colonos de Co-

luacán y los procuradores y mensajeros. En lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles que se cría debajo de la corteza superior: creo que se llama *philira*; conforme lo vemos, no en el sauce u olmo, sino en la de los palmitos que se comen, que hay una tela dura que separa las hojas exteriores, a modo de las redes con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte. Cuando están blandas, les dan la forma que quieren y la extienden a su arbitrio, y luego de endurecida la embetunan, se supone que con yeso o con alguna materia parecida. Es de creer que Vuestra Santidad habrá visto tablillas con una capa de yeso acibado como la harina, en las cuales puede escribirse cuanto se quiere, y que luego lo borran con una esponja o paño para volver a escribir. De tablillas de higuera se hacen los libros que los administradores de las casas grandes llevan consigo por los mercados, y con un punzón de metal apuntan lo que compran para borrarlo cuando ya lo han trasladado a sus cuadernos de cuentas.

No solamente encuadernan los libros, sino que también extienden a lo largo esa materia hasta muchos codos, y la reducen a partes cuadradas, no sueltas, sino tan unidas con un betún resistente y tan flexible, que, en comparación de las tablas de madera, parece que han salido de manos de hábil encuadernador. Por donde quiera que se mire el libro abierto, se presentan dos caras escritas; aparecen dos páginas, y se ocultan bajo ellas otras dos como no se extienda a lo largo, pues debajo de un folio hay otros muchos folios unidos.

Los caracteres son muy diferentes de los nuestros: dados, ganchos, lazos, tiras y estrellas y otras figuras, escritas en línea como lo hacemos nosotros: se parecen mucho a las formas egipcias (*de escribir*). Entre líneas hay trazadas figuras de hombres y animales, principalmente de los reyes y magnates, por lo cual es de creer que están allí escritos los hechos de los antepasados de cada rey, como vemos que se hace en nuestro tiempo, que muchas veces en las historias generales y en los códices fabulosos los impresores intercalan las figuras de los que hicieron lo que allí se cuenta, para estimular a los que quieren comprarlos.

También las tablas de arriba (*las cubiertas*) las arreglan agradablemente de madera: cerrados esos libros, parece que no son diferentes de los nuestros. También se cree que escriben en sus libros las leyes, los sacrificios, ceremonias, ritos, anota-

ciones astronómicas y ciertos cálculos, y los modos y tiempos de sembrar.

Comienzan el año cuando el sol se pone por las pléyades, y comprenden el año en meses lunares. Al mes le llaman por la luna; por eso, cuando quieren significar los meses, dicen *tonas*: a la luna, en su lengua, le llaman *tona*; mas a los días los designan por el sol, y así, cuantos soles tantos días; en su lengua el sol se llama *tonatico*, y en algunas partes de otra manera. Y sin guiarse por ninguna razón, distribuyen el año en veinte meses, y los meses en veinte días.

De aquellos montes y de los diferentes ríos que riegan los campos tenustitanos, este Juan Ribera trae muchas muestras de oro como lentejas y guisantes y varias perlas de la región austral, pero encontrados en poder de Moctezuma y de sus regalados próceres u otros enemigos en los despojos de las batallas.

Teniendo yo en mi casa a este Ribera, el reverendo proto-notario Caracciolo, legado de Vuestra Beatitud, con el embajador de Venecia. Contarino, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jasón Maino, vinieron a mi casa por el anhelo de oír y ver cosas nuevas. Les causó admiración, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso o cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve o diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía a un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube a la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende a ciento cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé qué rumor de que los piratas franceses han oído ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vamos a las cosas particulares, de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado

perlas nada inferiores a las que la humana molicie llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

Eso es poco: fue una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artífices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el trabajo aventajaba con mucho a la materia; penachos, cimeras, escudos y yelmos, labrados a trozos con tal arte y con puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro, tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera de color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada: en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienas, y otras dos azafranadas: entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de los cuales, en ambas mejillas, bajan a la barba saliendo fuera de los labios. Estas caretas se las ponen a sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, o se pone bueno o se muere.

Después sacó de una caja grande varios vestidos: para todos tienen sólo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plumas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos a entender bien cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana o seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cua-

drado, muy parecido al que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo u otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose a la garganta dos de las cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Moctezuma enviara a Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas: en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van desnudos, y como no haga frío llevan siempre fuera uno de los brazos. Por eso todos son de color algo moreno; pero, aunque alguna vez sientan frío, en aquella tierra necesariamente tiene que hacer poco, supuesto que, según dicen, aquella planicie está distante del polo ártico entre el grado diecinueve y el veintidós.

He advertido una cosa que está dibujada en los mapas, que ha traído varios. Por el Norte hay unos montes algo distantes, separados unos de otros por valles feracísimos, por cuyas gargantas entran en aquella planicie con gran fuerza los vientos septentrionales, y por eso el costado Norte de la ciudad Tenustitana está defendido con anchos parapetos de vigas clavadas y de grandes piedras, para que la ciudad esté al abrigo de los impetuosos torbellinos. Lo mismo vi yo en Venecia inventado para contener el furor del mar Adriático, y que no quebrante las casas. Los venecianos, a aquella muralla de la orilla la llaman vulgarmente el *lio*. Por el Mediodía, al revés, hay montes contiguos tan altos que los vientos del Sur no pueden soplar en la llanura para darle calor. Además vienen del cielo vientos boreales y desde lo alto soplan más que no los del Sur, que suben de abajo a arriba, y la llanura aquella tiene también, no lejos, montañas de nieves perpetuas y de fuego.

Entre los mapas de aquellas tierras hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho poco menos, tejido

de algodón blanco, en la cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Moctezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que por todos lados rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca las islas en donde dijimos arriba que se crían los aromas y oro y perlas en abundancia.

Volvamos a su familiar Ribera. En aquellas montañas dice, según la relación de los naturales, que hay hombres salvajes, greñudos como los osos peludos de nuestras montañas, y que pasan con los frutos espontáneos de la naturaleza y con la caza. Después del mapa más grande, vimos otro poco menor, que no nos excitaba menos interés. Comprendía la misma ciudad de Méjico, con sus templos y puentes y lagunas, pintado por mano de los indígenas.

Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, a un muchacho indígena que él se trajo de criado.

Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbraban, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piedrecitas son de aquella piedra que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho a estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entretejidas para adorno, y más de un palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plumas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda (terciopelo).

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de pluma, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las cáligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos.

Por fin aparentó que en la lucha había cogido a otro joven, ataviado para lo mismo y con siervo suyo; del modo que

ellos suelen agarrar a los prisioneros de guerra, cogiéndole del pelo, lo arrastraba para llevarlo a inmolarse, y tendido en el suelo, parecía que primero le metía el cuchillo por las costillas, donde está el corazón, y después, arrancado —el corazón—, fingía exprimir con ambas manos la sangre de junto al corazón, y con ella, salpicándola, mojaba la espada y el escudo (eso dicen que acostumbran hacer con los enemigos que cogen), y encendiendo fuego por el frotamiento de dos maderas a propósito (el fuego tiene que ser recientemente sacado por doncellas), quemó el corazón, cuyo humo creen que es grato a sus dioses patronos de la guerra. El resto del cuerpo lo parten miembro por miembro, como lo mostraba con sus gestos el muchacho, dejando íntegro el vientre con lo de atrás para que no se escurra la inmundicia. Pero la cabeza del enemigo inmolado, quitándole la carne y engastándola en oro, se la reserva por trofeo el mismo que le mató, y se hace fabricar tantas cabecitas de oro con la boca abierta cuantos enemigos se prueba que ha muerto e inmolado, y las lleva pendientes del cuello: se opina que se comen los miembros.

Dice este Ribera que llegó a saber que todos los principales de Moctezuma solían asimismo comer carne humana, y por esto sospecha que también Moctezuma, aunque siempre se recató de ellos para hacerlo después que manifestaron qué cosa tan fea y tan desagradable a Dios es matar a los hombres, y mucho más comérselos.

Después que el muchacho concluyó de parodiar sus ceremonias sagradas; entre tanto que majábamos a Ribera preguntándole sobre las costumbres y la extensión de aquellos territorios, introduciendo al muchacho en la alcoba lo vistieron de fiesta. Salió vestido de otra manera. Con un juguete (*¿jocali?*) de oro en la mano izquierda, adornado de mil maneras; sacó en la mano derecha una sarta de cascabeles haciéndolos sonar, y levantando un poco el juguete, volteándolo y luego bajándolo cantando a estilo de su patria, danzaba por todo el entarimado en que estábamos mirándole sentados.

Daba gusto ver cómo, acercándose al de más respeto (*representaba la manera con que*) saludaban a los reyes presentándoles dones; con voz temblorosa, con la vista baja, sin alzarla nunca para mirarle la cara al rey, le saluda al acercarse, y postrado el cuerpo le habla de este tenor. Le llama rey de reyes, señor de los cielos y de la tierra; en nombre de su ciudad o de su pueblo le ofrece un obsequio; le dice que escoja el que más le agrade entre dos, o que le hagan alguna casa

trayendo las piedras, vigas y cuarterones, o que le cultiven los campos; dicen que son esclavos del rey; explica que por su causa han sufrido de parte de sus enemigos perjuicios inmensos, pero que han recibido con gozo todos los daños por serles obedientes y leales, y aquí muchas necesidades.

Por tercera vez, cuando estábamos engolfados en la conversación con Ribera, salió de la alcoba el muchacho haciendo el borracho. Jamás hemos visto espectáculo más parecido al del ebrio. Cuando piensan alcanzar de los dioses algo que desean, dice que se reúnen dos mil y tres mil, y se hartan del jugo de cierta hierba que embriaga, agarrándose a las paredes para sostenerse, y preguntando a los que encuentran por dónde se va a su propia casa, cuándo escupiendo, cuándo vomitando, y las más de las veces cayéndose. Basta acerca del muchacho.

Ribera dice que ha oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres en las montañas aquellas que dan al Norte; pero no se sabe nada de cierto. Dicen que es prueba para que se crea el que la región se llama Iguatlan, porque en la lengua de ellos *igual* significa mujer, y *lan* es señor; por eso piensan que es *región de mujeres*.